



Memorias de una burócrata. La teoría del cuerpo

Griselda Edith Casabone

Question/Cuestión, Nro.78, Vol.3, Agosto 2024

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

IICom -FPyCS -UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e925>

## Memorias de una burócrata. La teoría del cuerpo

**Griselda Edith Casabone**

Universidad Nacional de La Plata

Argentina

[griseldacasabone@gmail.com](mailto:griseldacasabone@gmail.com)

*Aun cuando el pasado sea inmodificable,  
se puede encontrar lo inesperado al visitarlo.*

Ted Chiang

### 1. El origen

Dice [Paul Auster](#) en su "[Trilogía de Nueva York](#)": "las historias sólo suceden a quienes son capaces de contarlas".

En plena pandemia, en medio de la incertidumbre y el tiempo detenido, mi memoria comenzó a inundarse –literalmente– de experiencias de mis años de trabajadora estatal. El recuerdo fue tan fuerte que tuve que escribir, de manera aleatoria pero imperiosa, los episodios que recuperaba sin cesar.

¿Por qué había olvidado estas experiencias? ¿Por qué volvían después de tanto tiempo, justo en medio de una circunstancia tan traumática?

El encierro que impuso el COVID actualizó en el cuerpo la memoria rezagada en algún lugar incierto y que actualizaba escasamente con humor ("contate una de La Institución, Gri") para volver a archivarlas inmediatamente.

Ingresé en el Estado a los 19 años y fui agente, funcionaria, docente, asesora durante 32 años que son muchos. Nunca me autopericibi "burócrata", no me sentí "becada", "inútil", muchos menos "acomodada". Tuve que cursar y aprobar un curso de un año intenso en una organización que me avergonzaba. No la pasé bien. Pero nadie me regaló la entrada. Tampoco me explicó la letra chica del juego.

No pensaba en el Estado, no sabía qué era el Estado. Trataba de sobrevivir. La vida, en ese entonces, era un oleaje bravío y había gente que dependía de mi sueldo.

En algún momento, sin embargo, comencé a notar contradicciones entre lo que La Institución decía y lo que efectivamente ocurría en su interior. Comencé a pensar el Estado como un lugar cuya tarea tenía su dignidad, cumplía una importante función social, un ámbito en el que podía hacer más que cumplir órdenes y horarios.

En un proceso que no fue lineal ni sencillo, me las ingenié para identificar los requiebres por donde la organización se pierde y pierde y supe que podía negociar mi poder con EL poder, y recrear así lo instituido, sentirme útil, apreciada. Nunca resigné la alegría ni el entusiasmo. Ni la esperanza. El estudio y la terapia ayudaron. Otro Estado era posible y a su tiempo fui parte de esa certeza.

Sin embargo, estas contradicciones de la función pública persisten y las padecen personas que sirven a personas para quienes el Estado es la última fortaleza, amenazada hoy su existencia por acción de políticas públicas del más alto nivel gubernamental, pero también, hay que decirlo, porque se han naturalizado las fallas, los desaciertos del Estado, que se autoreproducen mecánicamente y decirlo, nombrar estas irregularidades es ser funcional a la derecha. Traidor/a.

Me consta que hay historias del Estado que no son visibles o se invisibilizan por autocondescendencia o porque se ha decidido que nada de interesante puede ocurrir en este ámbito en el que se presupone, siguiendo a [Weber](#), que todo está medido, controlado, previsto, ordenado, incluso la subjetividad, que se objetiva en la tercera persona del singular ("tiene el agrado"), la "no persona", según Benveniste.

Aludo generosamente a estos aspectos en [un artículo de reciente publicación](#) y me pregunto qué pasa con las subjetividades de quienes trabajaron, trabajan en el Estado, cuánto de estas experiencias alimentan el relato del Estado y afectan la relación del Estado con la ciudadanía.

No puedo, ni me corresponde, hablar de lo que pasa en el Estado, del estado de las subjetividades que allí transcurren. Los trayectos institucionales –que les ocurren a personas– son silenciados, (auto)censurados, descalificados como fuente de saber, de aporte al campo teórico de la comunicación institucional. No puede darse ese lujo el Estado. Aprendí que “para que el conocimiento esté aliñado de la certeza sin mancha de dudas, y de la claridad sin nubes de lobrete, ha de regenerarse en las aguas de la experiencia” ([Samaja](#), 18). Pese a la porfía de la razón, el cuerpo fue marcado y necesitaba hablar.

El proceso de escritura implicó una suerte de extrañamiento, ese mirar como turista que propone [Piglia](#). Me obligué a mediar entre mi memoria y la memoria para ir más allá de la simple anécdota. Me observé, me medí, aprendí, estudié, leí, descarté y pude, por primera vez, comprender quién había sido en ese ámbito, quién podría ser. ¿Qué otra cosa es, si no, “poner el cuerpo”?

El primero que surgió inaugura la selección. Es el único que sigue un orden cronológico. El resto funciona caprichoso, como la memoria. La forma –[microrelato](#) / [microensayo](#)– salió sola. No hay resentimiento ni venganza, ni heroísmo o víctimas. En todo caso, es otro camino para pensar la porosa arena en la que se disputa el Estado, sobre todo en momentos en que el odio insta, desde los más altos niveles de poder, a su destrucción. Por eso no hay nombres, ni fechas, y los datos identificables son mínimos, reconocibles en cualquier área de cualquier nivel del Estado.

Quien quiera podrá reconocer los diversos aspectos que rodean las interacciones estatales: poderes, autoridad, institucionalización, obediencias, competencias, afectos, resistencias, generosidad, solidaridad. Son reales en cuanto me ocurrieron pero no pretender ser la verdad. Es, ni más ni menos que mi versión de la otra historia. Pero están, necesaria, inevitablemente impregnados de mí.

En mis intervenciones docentes, las y los colegas estatales me rogaban “recetas”, fórmulas para sobrellevar los vaivenes de la a veces asfixiante burocracia. No hay recetas. Hay estrategias que cada una/o deberá imaginar. Estas que comparto, son sólo algunas del repertorio que me habilité. De todas maneras “me siento habitada” por las y los estatales de quienes soy parte e intérprete, en el sentido de “[agenciamiento](#)” de [Deleuze](#): “El enunciado es un producto de un agenciamiento, que siempre es colectivo y que pone en juego, en nosotros y fuera de nosotros, poblaciones, multiplicidades, territorios, devenires, afectos,

acontecimientos”. Espero que propicien zonas de resistencia colectivas y organizadas para sacudir las prácticas anquilosadas, mera copia y pega, que habrá que recrear. Y que quizás, subsidiariamente, tensionen los límites de la escritura académica y las nociones de objetividad. Tal vez mis recuerdos parezcan triviales; tal vez algunas/os se reconozcan (“a mí me pasó lo mismo”); tal vez incomoden (“¿cómo puede decir eso?”), actualicen conciencias, responsabilidades archivadas (“habla de mí”); propicien memorias (“¿cómo me pude olvidar de...”). No es fácil contar. Siento el miedo instándome a callar. Pero nuevamente escucho a Piglia y su cita de [Elliot](#) en [“Respiración Artificial”](#): “Tuvimos la experiencia pero perdimos el sentido. Una aproximación al sentido restaura la experiencia”.

Buscando mi escritura encontré la –una- forma en estas escuetas anécdotas de la real realidad, que me brotan, azarasas pero urgentes, del fondo de la memoria que soy.

## 1. PRESA

A los 19 años estuve presa.

En ese entonces, y hasta bien entrada la democracia, era costumbre en La Institución, sancionar a la gente –la suya, ¿no?, sus trabajadores- con la privación de la libertad. Si “La Institución” decidía que habías infringido alguna de sus innumerables y arbitrarias normas (artículo Y, “la cloaca”: “cualquier otra falta que se nos haya escapado en los dos mil artículos previos”), te arrestaban y el arresto consistía en dejarte preso en donde prestabas servicios. Si estabas casado debías permanecer en el lugar todo el día pero te permitían ir a casa a dormir. Si eras soltero – mi caso-, cumplido el horario de trabajo, te asignaban una solitaria, oscura habitación en el fondo y allí debías permanecer, aislada, castigada, hasta que cumplieras con la sanción.

El delito: desobedecer una orden. Era 1979, apogeo de la dictadura, y una mañana, una tarde quizás, una pibita recién llegada de Santiago del Estero, que aspiraba a ser médica, que odiaba la represión, y su vida desgraciada a quién le importaba, le dice a una Jefa de esas que metían miedo, que no. “No, señora, no voy a hacer lo que me dice”.

Me pareció tan natural y lógica mi negativa –la orden era absurda y errónea además de insignificante- que no anticipé lo que vendría. Un silencio oscuro, atronador se impuso en la oficina y nos aplastó. La señora, que tenía la maldad inversamente proporcional al tamaño, temida y odiada en igual medida, se dio vuelta lenta, con un desprecio franco y gritó silabeante:

“¡SI A MÍ EL JEFE TAL ME DICE QUE MATE A CUAL, YO VOY Y MATO A CUAL!”! Una frase extraordinaria en su impunidad, dosificado el efecto de su singular filosofía en una puesta en escena pedagógica sin igual, tanto para la propiciante –yo- como para el público presente, una docena de trabadoras que la secundaban entre admiradas y temerosas.

Una semana de arresto o 15 días, no recuerdo. Una semana de mis 19 años retaceado a la vida, sin ver a la familia, sin reír, ni jugar, ni amar, ni gozar, ni abrazar, pavear que es lo que uno hace a esa edad.

A veces pienso si valió la pena. Si tanta energía, salud que dejé en mis entretiros con la organización, tenía algún sentido. No lo sé. Lo que sé es que no podría haber sido de otra manera, como no pudo serlo la señora petisita, en el acto de negarse humana. Nunca nadie le pidió tanto y eso explica para mí, la brutalidad de la dictadura. (Hay que leer más, mejor a [Hannah Arendt](#)).

Estos días de pandemia seguramente actualizan la fobia de ese encierro irracional, injusto y doloroso que tantas secuelas dejó en mi salud, mi sensibilidad, mi memoria, mis trayectos. Me dispense la flaqueza.

Siempre logro sacudirme la compasión, sin embargo, y me convengo de que de estas pruebas está hecho el universo y entonces una música, un libro prestado, la familia, la gente querida, y la cabeza fluyendo libre, desobediente, tratando de continuar más o menos fiel a lo que quizás se ha venido a ser.

## 2. CUIDADO

El despacho inmenso, en algún piso de alguna torre. Me tocaba presentar - ante importante ministro, íntimo de un/a gobernador/a- de qué manera habíamos resuelto el problema de “la marca institucional” que se había manejado de manera, digamos, desprolija, y había enojado, con razón, a las y los diseñadoras/es gráficos que habían trabajado entusiasmados en la propuesta.

Expuse, pasé el Power, conté los acuerdos logrados: no había víctimas que lamentar. Asunto cerrado.

-¿Vos de dónde sos?

-¿Yo...?

-Sí, vos. ¿De dónde venís?

-De La Institución, Ministro.

-¿De La Institución? ¿Y cómo saliste de ahí?

-...

-Cuiden a esta piba: si salió de La Institución, puede llegar a donde quiera.

El tipo estaba en otro lado, no le importaba el espectáculo que le ofrecían, el lunch. Estaba allí por compromiso; su gestualidad lo gritaba. Ese no era su problema, nunca lo fue. Por eso, tal vez, le llamé la atención: podía darse el gusto de mirar, desde el margen, los márgenes.

Este es uno de los únicos, más altos y francos reconocimientos públicos que recibí a lo largo de “mi carrera” y, tal vez, el más impensado. El tipo, un extranjero, me miró con sus intensos, aburridos, burlones y claros ojos celestes, y en una fracción de inteligencia, vio y logró reconstruir mi historia y ponerla en valor.

También es una lamentable confirmación del lugar que ciertos organismos y trabajadoras/es ocupan en la escala valorativa del Estado y la sociedad. Y por qué no van a cambiar.

### 3. DESMEDIDA

Esta es una de mis preferidas.

En La Institución nos califican cada año, como en la escuela, y la calificación suele ser importante –no necesaria, pero sí importante- para el anhelado ascenso..

Con mi equipo, habíamos desarrollado un plan de comunicación integral en Prensa (que está en mi [tesis de grado](#), por si alguien quiere comprobar). Y al hombre, que necesitaba (des)calificarme para ubicarse, le pareció demasiado. No podía cuestionar mi rendimiento ni mi capacidad, y ante la falta de argumentos usó la imaginación: se me había ido la mano. Brillante. Esto es así, pura lógica burocrática de la supervivencia: si se sube la vara de la producción quedan en evidencia las/os que hacen la plancha, los que son de permanecer y transcurrir. Falta gravísima, fatal antecedente.

Para refutar el prejuicio contra la vagancia estatal, vengo a demostrar que se me imputó: “Exceso en expectativas de planificación y desarrollo de las tareas asignadas”.

Evidentemente, se estaba gestando mi traslado, que ocurrió, inevitable unas semanas después. Y me estaban diciendo en el único idioma que conocen que la última jerarquía no me la iban a dar, tal como ocurrió.

Y todo por mi ánimo antiburocrático. ☺

### 4. DISCURSOS

Creo que todo empezó en Romero.

Había llegado un jefe nuevo, con apellido de color, que tal vez tenía ganas de hacer las cosas de otra manera pero le faltaban insumos.

Debe ser que un día me dijo que quería el discurso para el acto del día de la Institución o qué, y ahí mismo me designó locutora.

Y yo escribí. Nada de “pundonor”, nada de “vocación de servicio”, de “en este sencillo y emotivo acto”, ni de “fuerzas vivas”. Escribí sobre el encuentro entre la sociedad y las organizaciones, el esfuerzo del trabajo diario, el sentido del servicio, la ardua tarea de aprender y de ser útiles y reconocidos. Alguna cita literaria, algunas palabras luminosas en medio de tanto gris.

Practicamos con el hombre el tono del texto, cómo debía leer –por ahí se le trababan algunos términos por falta de frecuencia-, que pudiera moverse cómodo con un texto que no era suyo, nunca lo sería.

Me volví maestra de ceremonias oficial: la gente se emocionaba, el orador se emocionaba, moqueaba un poco. Durante el escaso tiempo del texto, se habilitaba un espacio otro, como si nos escapáramos de los márgenes de La Institución y estuviéramos en el patio de una escuela, una plaza, creyendo que podíamos ser mejores, que las palabras tenían una verdad de inocencias.

Se esperaba el momento del discurso en estos agotadores, previsibles, sobreactuados actos protocolares donde todas/os hablan de todo para decir cada vez menos.

Tal vez todo empezó allí, en ese desolado playón cuando intuí por primera vez el poder de la palabra propia en un territorio urgido de voz.

## **5. DOMINGO**

La compañera –que había participado en uno de mis cursos para trabajadoras/es- me envía un correo con una duda sobre cuál es la mejor opción para un problema que traba un expediente en su área.

Ella es una empleada, una más de les miles que somos; sin embargo, está aportando a sus superiores sobre el mejor procedimiento.

Apenas recibido el mensaje, antes de desayunar, todavía en pijama, le ofrezco, de manera formal –que lo formal no es un delito- un ramillete de alternativas. Pongo a disposición del equipo, además, un documento que elaboré sobre el tema, para que vean que no hay una sola

respuesta: que la respuesta es la que mejor y más rápido destrabe el problema de gestión y se ajuste a la normativa y la sensibilidad. Enviar.

La compañera no abandona el trabajo el viernes a las 16, no piensa sólo en el sueldo, la obra social. La compañera aporta sin pensar ni esperar reconocimiento, una gestión de calidad y colaborativa: comunicacional. La compañera se involucra y disputa con método con las autoridades, porque utilizó su propio tiempo para capacitarse, a veces en contra, incluso, de la voluntad de las autoridades.

Hoy es domingo y algunas/os burócratas, mientras lavamos la ropa, pensamos en el almuerzo, nuestra pequeña vida y el Estado. Servimos. Porque a veces los límites del hogar se expanden. Es domingo y MMP trabaja para todas/os nos.

## 6. LA CARTA

El tipo me podía. Apenas llegaba a la oficina, me ponía de mal humor, a la defensiva y de repente me encontraba incómoda, fuera de mí, literal. El día arruinado, dolor de panza, lo usual.

Era un cuadro hecho y derecho, si existe algo así. Y era mi jefe. Teníamos un pacto no dicho: yo trabajaba, él me soportaba porque le convenía. Pero no había mañana en que me no irritara y ya empezaba el día con una carga de agresividad con la que había que lidiar y mediar: mi gente.

Él sabía este poder que tenía y lo ejercía metódico, para llevarme a su territorio. Hay gente así. Hasta que empecé a pensar: yo era comunicadora o qué. ¿Cómo podía ser esta derrota cotidiana, esta traición a mí misma? ¿Qué de este sujeto lograba manipularme así? ¿Qué “patrón” no estaba logrando ver?

Así surgió la idea de la carta.

Llegué una mañana y comenzó a tirar con su artillería habitual: que “tus” periodistas, que alguien le había dicho, que la nota, que el horario, que arrestame a tal o cual. Permanecí de pie y deposité la misiva sobre su escritorio.

El sujeto se revolvió incómodo, ignoró el sobre. Y empezó: “Tenés que...”.

-Leé la carta, jefe.

-Después. Lo que tenés que...

-Leela.

-Ya la voy a leer. Quiero que...



-Leela ahora.

Renegando, incómodo, abrió el sobre y leyó. Tardó un rato y entonces esbozó algo que yo interpreté como una sonrisa.

-Qué b..-. Y nos reímos.

-Mirá, Fulanito, yo sé que vos no me entendés, que no me querés. Pero me necesitás. Tenemos que trabajar juntos, sino es un desastre. Los pibes trabajan bien, todos estamos haciendo un esfuerzo. Confiá un poco, déjame hacer mi laburo. Estas cosas tuyas no sirven para nada.

Me fui.

Hay patrones que nos estructuran y no nos permiten imaginar alternativas. Repetir o innovar. Con una carta habilité otro territorio, uno en que pudiera disminuir los efectos aplastantes del poder y negociar en otros términos. El trabajo que lleva trabajar...

No es que se convirtió en aliado y vivimos felices. Pero logré sacarme de su espacio, preservarme de sus reglas y encontrar una energía nueva para romper los patrones –todos- y habilitarme derechos en un juego en el que siempre me tocaba perder.

Me hubiera gustado conservar la carta, compartirla hoy con ustedes. Pero me parece que así está bien, que cada una tiene que encontrar sus cartas.

## **7. CARNE PROPIA**

Uno de mis cursos habituales para trabajadoras/es. El grupo era numeroso, diverso y estimulante: hay grupos así, misterios del encuentro, alegría del ser, cruces que inspiran, abren y nos vuelven generosas/os, sonrientes y esperanzadas/os: enseñantes.

No recuerdo bien cómo llegamos a ese momento de la clase (aunque puedo intuir: nos convocaba la comunicación), qué concepto, qué idea. Estábamos muy entusiasmadas/os discutiendo, intercambiando, hasta que la compañera pidió, humilde, sonriente, la palabra para decir que ella sabía “en carne propia” de lo que hablábamos. Que a veces, nos contó, el marido salía a la tardecita, noche, con el hijo adolescente en la motito que tenían como transporte, una común, vieja, como la de los deliveris, y que a veces, claro, hace frío o llueve, entonces el marido, el hijo se levantan la capucha de la campera para protegerse. Pero ella sabía, dijo, que eran oscuros. “Oscuros”, dijo. “Son oscuros, morochos”. “Como yo”, dijo, señalando tiernamente su brazo para certificar. Y cada vez que salían, dijo, apenas audible en su susurro, cada vez que salían, yo tengo miedo. Miedo a que me los confundan con chorros, que la

policía, dijo, los persiga por negros con capucha y me los lleve presos o me los maten. Que alguna persona los vea cerca y les tiren el auto encima o los lastimen. A que me los linchen tengo miedo, dijo con una sonrisa apenas esbozada.

El silencio nos aplastó justamente en el centro de la vergüenza. A más de uno se nos cayeron unas lágrimas y yo, a cargo de ese grupo de humanas/os, con la responsabilidad que da la docencia y la decencia le pedí disculpas en nombre de todas y todos los que la hacíamos sentir así, trabajadora, sumante, sonriente, susurrante, que a pesar de todo, por todo, se levanta, trabaja, crece y cree.

La docencia es un vaivén de saberes que nos anudan y ubican como aprendientes siempre.

## 8. CARPETAS

Las instituciones disciplinan a las/os sujetos de tres maneras: por adaptación (la/el sujeto adhiere a la institución, la asume como dada y fija); por coacción (la/el sujeto es obligado a incorporarse, a reconocerla: sanciones, normativa, microsanciones); por exclusión (la/el sujeto es señalado como “inadaptada/o” y es expulsada/o del sistema: internación, reclusión, muerte). No recuerdo la cita (¿[Berger y Luckmann](#)? ¿[Foucault](#)?) pero sirve para explicar algunas conductas de las/os trabajadoras/es públicos muy criticadas; por ejemplo, el uso (y abuso) de carpetas médicas.

La carpeta médica suele ser, además de un derecho inalienable de las y los trabajadoras/es a enfermarse, un recurso –a veces el único- con que cuentan a la hora de resolver alguna tensión con la organización.

Habría que hacer el recuento de las organizaciones del Estado que más carpetas médicas registran. Estoy segura de que hay una directa relación entre el número y el tipo de organización: cuanto más rígida la estructura, menos posibilidades tienen las y los sujetos de negociar sus condiciones laborales. Tal vez puedan, y acaso, rebuscárselas con alguna enfermedad ocasional o crónica –con mucha imaginación y algún/a profesional solidaria/o- y ver si el tiempo puede resolver lo que “el sistema” no habilita.

Las carpetas médicas obedecen a muchas razones. Todas son lícitas. Las que tienen certificado médico y las que se inventan. Porque cuando una organización obliga a su trabajador/a a mentir sobre su salud, es que algo no está funcionando bien en ese ámbito, algo del orden del disciplinamiento, de la adaptación a la nada, que pone a las personas entre el trabajo digno y la expulsión.

## 10.DERECHOS HUMANOS

-Periodista: a ver si mueve un poco con “sus amigos” de la prensa para que también se hable de los derechos humanos de los agentes.

La autoridad, que ni siquiera me daba nombre (“Periodista”), reclamaba que se respetaran sus derechos humanos.

-¿Usted sabe qué son los derechos humanos, jefe? ¿Para qué se crearon?

-Para los delincuentes.

-No sólo, pero pongamos que sí. Pero para qué.

-...

-A usted ¿lo pueden echar del trabajo sin justa causa?

-¡No!

-Por qué.

-Porque tengo derecho a trabajar si no hice nada malo.

-Exacto. Si lo sancionan, qué hace.

- Presento un recurso.

-Y si el recurso no funciona...

-Voy a la justicia.

-Si se enferma, usted, su familia: ¿qué hace?

-Obra social.

-Si lo hieren en acto de servicio, qué pasa.

-Me atienden, tal vez me asciendan.

-¿Usted tiene derecho a progresar en la carrera, a estudiar, a ser compensado si lo trasladan, a que le paguen el alquiler de la casa que habita?

-Claro...

-Bueno, los derechos humanos están para garantizar los derechos elementales –vivir, no ser torturado, comer, estudiar, tener visita- de las personas que están bajo la custodia del Estado, bajo el poder absoluto, discrecional del Estado.

Sus derechos están garantizados y son incuestionables para usted: trabajo, salud, compensaciones administrativas, estudio, progreso. Un preso, en este mismo momento que usted y yo hablamos, no tiene ninguno: NINGUNO. Está en manos de un montón de colegas suyos que creen que es una cosa castigable.

-...

-...

-Nunca nos explicaron así la Escuela.

Una clase de derechos humanos y comunicación: sin alharaca, simple, sin prejuicios, sin reparos, una burócrata abre un espacio en la oscura caverna para provocar el pensamiento crítico sobre los niveles de poder y derechos que se cruzan en el Estado.

## 11. CONSPIRACIÓN

-La trasladan... Y le van a hacer un sumario.

-¿Un sumario...?

-Por vender información de un interno a un medio...

Era 22, 23 de diciembre y el espíritu era de Fiestas, trabajando, pensando, ya, en las vacaciones.

El hombre me llamó a su despacho y después de dar vueltas, buscando las palabras, me tiró la noticia y me rogó que no lo comprometiera, que no dijera que me lo había dicho. Pero que a él le parecía una injusticia. "Usted no se lo merece".

Es muy difícil encontrar palabras para explicar el efecto que sobre el cuerpo tienen estas experiencias.

Me fui a mi casa. Me senté al rayo del sol como quien se lastima. Entre la ofuscación y el terror, traté de pensar qué noticia había vendido yo, de qué interno. A qué medio. Qué noticia, qué interno, qué medio...

Hasta que, como en un relámpago de lucidez, desculé el misterio. Y volví corriendo al trabajo.

-Fueron Fulano y Mengano,

-¡¿Cómo...?!

-Adónde me mandan.

-A la Escuela X.

-Deme la carta de presentación. Y dígame a esos cobardes que me lo hagan. Les ruego que me hagan el sumario, que por favor me lo hagan, dígame.

Me fui, sin permiso ni saludo, con el alma en el cuerpo. No me importaba el traslado, ya estaba acostumbrada. Y el sumario fue una opereta malograda: escucharon una conversación telefónica que tuve con una funcionaria del Ministerio que prefería hablar conmigo sobre Prensa, y de puro celos y envidia, impotentes en su machirulia e ignorancia tramaron la

maldad, gratuita, por el mero placer del daño. En manos de gente así a veces caemos las/os trabajadoras/es.

¿El sumario? Adivinen.

## 12. DIVERGENTE

-Es problemática- fue el diagnóstico ligero del coordinador, cuando indagaba sobre el perfil de las y los participantes del curso.

Es peligroso el sentido de “lo problemático”, como toda construcción humana siempre tan arbitrario, cosificante. Sobre todo cuando es el Estado el que enuncia. ¿Qué significa “problemático”? ¿Quién no ha sido, será “problemático” para alguien en algún momento? En fin.

Lo cierto es que, a poco de andar, la compañera demostró que era un signo. Poderoso. Violento. No había forma de entrarle. Cuanto más amable era yo, más agresiva respondía. Tal vez porque intuí condescendencia.

Disputaba mi rol. En los foros copiaba extensísimos fragmentos de contenidos que yo ya había ofrecido en los módulos. Respondía las consignas como se le cantaba y a mis aportes respondía: “No te entiendo”. Y me enviaba mensajes larguísimos en los que, a partir de cualquier motivo, polemizaba a través de mí con el Estado todo.

Después supe que era auxiliar en Educación –“limpieza” en sus propios términos- y que tenía dificultades de audición.

Estaba enojada. Furiosa. Había hecho todos los cursos habidos y por haber. Había completado dos diplomaturas organizadas por el Estado, hacía su trabajo, y aun así no lograba que su organización la reconociera y la promoviera, con tanta/o chanta que llega sólo por conexión, adulación, suerte.

Ella se esforzaba y a cambio demandaba atención y premio. Esa era su lucha y se había dado cuenta de que, de alguna manera, logró ser temida. Las/os docentes la aprobaban por cansancio. El último orejón del tarro lograba que se ocuparan de ella, que se hablara de ella, aunque fuera para ser etiquetada de “problemática”.

Por supuesto, la aprobaron; mejor sacársela de encima. Le tenían miedo. Miedo.

A veces “lo problemático” no es más que una señal, la punta del iceberg que marca la disfuncionalidad, no del/a trabajador/a, sino del sistema. “Cada historia es un punto de vista desde donde mirar las otras. Cada parte debería tener un valor propio y otro en función de la

trama total. Es entre las piezas del mecanismo donde ocurren las cosas. Ningún engranaje gira solo", explica mejor [Alejandra Kamiya](#) en Página/12.

Como buena problemática estoy segura de que la compañera hubiera descollado como ministra de desarrollo humano, jefa de gabinete, traccionando a pura fuerza de voluntad, decisión, justicia lo que el Estado a veces nos está debiendo.

### 13. TIEMPOS

Fue en el trayecto de la oficina de los jefes a la nuestra –las/los profesionales- que entendí la diferente percepción del tiempo del personal de carrera del resto de los escalafones. Y el efecto que esa percepción tenía en nuestro trabajo como estatales.

Había recibido algunos reproches sobre las libertades que me tomaba en el cumplimiento de mi jornada laboral. No les presté atención. Por varias razones, a saber: 1. Mis superiores encontraban motivos todo el tiempo para incomodarnos; 2. Consecuencia tal vez de la primera, no los respetaba mucho; sus observaciones eran siempre redundantes, punitivas, inoportunas, intrascendentes: el horario, el uniforme, las formas antes que los contenidos; 3. Porque si bien no cumplía todo el horario en el espacio físico, lo compensaba con producción de calidad que sólo podía producir en la tranquilidad de mi hogar. Esa, creía yo, era mi fortaleza, mi pequeña carta de impunidad horaria.

De repente, como ocurren las revelaciones, entendí algo que cambió mi forma de vincularme con el personal de carrera, de estar más atenta a los mensajes que no podían formular, a entender sus prioridades, y también a considerar los múltiples mundos comunicacionales que se cruzan en las organizaciones y que se dan por sentados.

Para el escalafón de carrera –los dueños de la organización, el que va la cabeza de los conflictos- el tiempo es un valor, casi el único que pueden proveerle al Estado: ser es estar. El/la mejor agente es el que más horas pasa en la institución. No importa lo que esté haciendo (tomando mate, conspirando, durmiendo, molestando, seduciendo, vigilando): el tiempo es una ofrenda. “Le dedico mi vida al trabajo” no es una frase, es una manera de existir. La Institución es su vida: sus compañeros, algunos de sus mejores amigos, camaradas, sus novias y esposas/os, sus hijas/os. Comparten códigos, jergas, complicidades. El poder es el poder de permanecer. En la Institución son importantes, reconocidos. La permanencia les da identidad y esa identidad los conforta, los vuelve “alguien”.

Para el resto de los escalafones, por el contrario, el tiempo ganado es el que se retacea a la institución. Les profesionales, técnicos, muchas/os administrativa/os, auxiliares, tienen otros trabajos, estudian o cursan, tienen “rebusques” o regresan a sus casas. Para ellas/os el tiempo real es el que surge cuando abandonan la Institución. El tiempo se compensa, en muchos casos, con “inteligencia” o “maña”. Hay saberes “legitimados” y ese es un poder.

La conciencia de esta diferencia me ayudó a comprender mejor el origen de las demandas de las y los agentes de carrera, a nombrarlos, y a pensar junto con ellas/os las diversas maneras de “prestar servicios” en la organización, de incidir en los tiempos: tiempo de permanecer, tiempo de producir, tiempo de pensar y de reconocernos.

Luego llegó [De Certeau](#) y le puso nombre a estos dilemas.

#### **14.VISION**

Cruzaba Plaza Moreno, agotada pero feliz, luego de una jornada excesiva, pero así estábamos entonces, ávidos por pensar y hacer “el Estado”. Tenía la certeza de ser parte de algo grande, orgullosa de mi desempeño como trabajadora y ciudadana.

El reproche telefónico de la autoridad descalabró la alegría y me descolocó por lo imperioso e inesperado. ¿Cómo había osado retirarme sin entregarle el informe?

“Me voy –me vi justificándome- para descansar un poco los ojos. Casi no puedo ver. ¡Está listo!”, respondí tratando de no creer lo que escuchaba, dando por descontada la solidaridad con mi insuficiencia física, por mi desempeño, mi compromiso.

-Tus ojos, al Estado, no le importan.

Recuerdo este episodio con humor. Ni siquiera en ese momento me afectó. Había aprendido a ver con otros sentidos, dimensiones. Una frase antológica más que guardo para estas memorias azarosas, juguetonas, que voy recuperando, casi pescando, de a breve.

Qué me dijo, realmente, la funcionaria con que “al Estado” no le importaban mis ojos. Me dijo –nos dice- que a ella –que era, es “el Estado”- no le interesaba lo personal que pudiera afectar a “sus empleadas/os”; es decir: no le interesaba mi persona sino lo de la persona que sentía que le pertenecía, que integraba su plantel. Ante la disyuntiva entre la sujeta y su proyecto, tenía bien en claro qué iba a sacrificar.

Le valoré la sinceridad, eso sí. Y la coherencia: jamás intentó ser mejor conmigo.

#### **15.ARMAS**

-Antes que nada, quiero decirle que estuve averiguando de usted y usted, a mí, no me gusta nada.

-...

-...

-¿Y por qué me llamó, Jefe...?

-Porque pregunté por todas partes y todos me dijeron que si quería hacer la revista tenía que llamarla a usted.

-...

-Quiero hacer la revista.

Hacía un tiempo, no recuerdo cuánto, en una de las boleadas que se dan, recurrentes, en La Institución, me mandaron sin trámite de Prensa a X. Después de la furia inicial, hice mi duelo con La Institución. Listo. A otra cosa mariposa. Ya está. Y puse mi empeño en la docencia, una Maestría, la vida.

Y ahí estaba, con alguien que, tal vez, tuvo que ver con mi traslado, un señor con mucho poder, pero tan rudimentario, tan del siglo XIX... que encima se podía dar el gusto de decirme que me necesitaba pero que no me quería "nada".

En algún momento de la conversación no sé lo que pidió y yo le dije no. "No, jefe, así no es".

El hombre me paneó como quien certifica, desenfundó la 9 mm y la puso sobre el escritorio. Nunca supe si fue casualidad o un argumento. De todas maneras, la violencia fue terrible.

-¿En estos términos vamos a trabajar, Jefe? Mire, yo estoy tranquila en X. Usted no me quiere acá. ¿Cuál es el sentido?

Saludé lo más amable que pude y me fui. En la esquina me descompuse: me iban a echar, me iba a hacer un sumario, me iba a arrestar, iba a terminar, con suerte, en Sierra Chica... ¿Cómo explica, sobrelleva una persona esas violencias laborales? ¿Con qué palabras?

Dos semanas obsesionada, aterrorizada. Si me llamaban, temblaba. Estaba en mi casa asustada. No podía dejar de pensar.

Al cabo, me vuelven a "citar". "Periodista, la llaman de Prensa". Fui derrotada, arrepentida de ser, de existir.

Cuando pasé la puerta, el hombre se levantó, me extendió la mano y me dijo, con algo parecido a una sonrisa:

-Qué jodida que es usted.



-Porque usted es un macanudo...

Hice la revista que quise y me devolví a X.

### **18.LOCURA**

-¿Oficial C...?

-Sí, sí...

Era un muchacho alto, alto, rubio, hermoso, sonriente, vestido de civil.

-Te estábamos esperando- dijo.

Después de dos años de carpeta psiquiátrica, una colitis ulcerosa, psicofármacos, ataques de pánico, me trasladaron a Z, en La Plata, que alojaba a presos con problemas mentales previos o posteriores a la detención; procesados, inimputables, algunos sobreseídos, esperando obtener el beneficio del pase a un hospital, un hogar.

Tenía 23, 24 años que se sentían como 100. Había logrado el traslado, cambio de escalafón, pero me pregunto si no me morí.

-Vení que te voy a llevar a recorrer el lugar.

Y ahí fui: acá la Secretaría, acá Sanidad, el Depósito; en el fondo, los pabellones: un par para sobreseídos y un par para los de salidas transitorias.

El paisaje era bucólico. Nadie diría que era la Institución: la abundante arboleda, añosa y juguetona; las sendas de cuento, la soledad, el silencio, el viento sin obstáculo: mi nuevo "destino", a través de los ojos de este compañero que, amable y generoso, me contaba sobre regímenes, movimientos, personal, enfermos, historias.

No había gente. Ni una sola persona en todo el trayecto. Sólo el guía y la nueva, en la inmensa soledad del paisaje.

Al cabo de un rato, ¿una hora?, me dejó ante una puerta. "Esperá acá", se despidió con una sonrisa que yo intuí –quería creer- era de ánimo, de buen augurio.

-¿Sí? ¿A quién busca?- salió el uniforme, grandote, morochón, severo, hosco.

-Buenas tardes, señor, aquí está la carta de presentación. Soy...

-Ah, sí. Soy el Secretario. Venga. Le voy a mostrar las instalaciones.

-Pero las acabo de recorrer...

-¿Cómo que las acaba de recorrer?

-Un muchacho rubio, alto...

-El Loco M.

-¿El Loco...?!

-Sí, el Loco tiene la costumbre de hacer eso.

-...

-Mató a la madre, por plata. Es un psicópata grave, un tipo de clase alta. Pero se porta bien y lo dejamos que ande. Hace mandados, algunos trámites...

Traté de disimular la impresión: estuve en medio de la nada, más de una hora, en mi primer día de trabajo, ¡con un loco, un asesino! ¡De la madre!

Escribo el episodio y me veo mi cuerpo joven, mínimo, caminando, conversando vaya a saber de qué con el Loco M., tranquila, confiada, la paz del descampado, el leve runrún de las hojas, la unidad dorada del estío.

Ahora que la memoria recupera la experiencia con sus caprichos y distancias, con humor y hasta cierta ternura para compensar los padecimientos, me da por preguntarme si no me lo hicieron a propósito. Si no fue una travesura de mis nuevos compañeros para reírse a la noche, en la cena, con el vino y enseñarme, de paso, cómo iba la cosa.

Nunca lo sabremos. De todas maneras, ¿quién puede asegurar dónde está realmente la locura?

## 19.PROYECTOS

-Y vos quién sos

-Soy...

-No. Quién sos. De dónde venís. Qué hacés acá. Qué querés.

-Bueno. Vengo de La Institución. Tuve una experiencia comunicacional...

-No nos importa tu experiencia. ¿Por qué estás acá?

Había llegado en el medio de un cambio de gestión. Me había convocado el Negro G., gran compañero, a quien sólo le bastó mi vocación de sumar al proyecto que yo vi venir: "Venite con nosotros", me contestó simple, fraterno, cuando le escribí para agradecerle un curso.

Y allí estaba, dando examen, textual: la alta, flamante funcionaria, y sus adláteres detrás de un escritorio, tribunal injusto y desigual, porque no veían cómo, una agente de La Institución, entraba en "su proyecto". Y yo tratando de entender qué querían. Porque a mí me habían invitado, me habían dicho "venite". Se jugaba todo lo que yo había esperado tanto tiempo: acompañar un proyecto político que me convirtió en ciudadana.

Aprendí que estas cosas no son personales pero aplastan a las personas, la frágil zona de clivaje donde el Estado se rompe y rompe.

-Ustedes quieren ¿un currículó?, ¿una propuesta?...

-Sí, sí. Y para mañana.

Al día siguiente les llevé mi currículó –laboral, profesional, docente- y una propuesta de taller que fue el primero y único que convocó a periodistas y comunicadores de todos los organismos.

Me quedé, obvio, porque así me lo había propuesto. Y permanecí, con oscilaciones propias de las gestiones. Pero nunca olvidé a quién le debía la gauchada. El Negro falleció al poco tiempo. No tuve tiempo de decirte gracias.

## 20. BIBLIOTECARIA

Durante un tiempo, resignadas, quizás, por a mi evidente falta de vocación para las rejas y la obediencia, me pusieron a cargo de la biblioteca.

“La biblioteca”, en realidad, es una hipérbole. Eran dos o tres vitrinas viejas de madera con tres puertitas con vidrio, y unos pocos libros en insólita convivencia, donados por vaya a saber cuándo, por quién.

La designación era casi un demérito, un castigo, la última oportunidad; como un “ponela ahí, a ver si sirve para algo”.

Yo no sabía de bibliotecas, ni tenía una siquiera. En rigor, tampoco había desarrollado, todavía, un vínculo con la lectura que me habilitara para la tarea. Con el tiempo entendí que eso es lo que menos importa, en cualquier rubro. Además, no era una consulta: era un orden. A la biblioteca.

La tarea me la fueron enseñando las internas, la mayoría de mi misma edad, en esos tiempos.

“Señorita, tenés que pasar por los pabellones y levantar pedidos”.

-¿Levantar pedidos?

-Sí. Ellas te van a decir lo que quieren leer y, si hay, vos les traés.

Así comenzó mi periplo por los libros, esa puerta a mil universos. Me fui encariñando con los libros. Los cuidaba, los arreglaba con cinta scotch, los enviaba al taller de encuadernación. Se volvieron algo vivo para mí. Algo que sufría y gozaba, que latía, con sus imágenes flotando más allá de las ausencias y los silencios.

Al poco tiempo descubrí que, a propósito de los libros, podía organizar concursos literarios, animar a las chicas a jugar con las palabras. El primero fue de poesía y cuento. Alrededor de 70 textos, sino recuerdo mal. Una enormidad.

También se me ocurrió que la Institución era demasiado importante para dejarla en manos solo de los agentes, que había que comprometer a otra gente. Así que invité como jurados a ciertas señoras dignísimas de alguna sociedad de escritores. “¿Vos sos agente, nena? No parecés”.

Después pensé que una fiesta era lógico corolario y convoqué para deleite general a un conjunto folclórico.

Así, un domingo cualquiera de mi franco, en el SUM de la Institución, se entregaron los premios, con cascarilla y mate y pastelitos hojaldrados de membrillo y batata cocinados por las chicas en la inmensa cocina de la Institución. Alrededor de 100 mujeres, entre sorprendidas y desconfiadas, viendo qué onda.

Lo cierto es que durante un rato nos olvidamos de la cárcel, se entregaron premios, leímos los textos ganadores, las chicas bailaron unas chacareras, cantaron...

A las autoridades mucho no les gustaban estas cosas. 1) Porque era en el fin de semana y ellas también tenían hijos, familias, almuerzos que preparar. 2) Porque 100 presas en un salón siempre era visto como una amenaza, una invitación al desarreglo.

Me dejaron hacer. Era 1980, 81. Tanta mi inconciencia, la imprudencia. El entusiasmo. Gozaba todo: los argumentos en contra, los periplos por diversas organizaciones para buscar donaciones, participación. Había encontrado un sentido, como la directora de una gran obra de teatro, un juego que nos permitía, a todas, imaginar que tal vez la realidad era esta y la cárcel la pesadilla. Entre otras cosas, los libros, dicen, sirven para eso.

No me acuerdo cuánto duró. Creo que hasta que me trasladaron a Junín. Pero qué bien se sintió. Ahí comprobé algunas cosas: no hay prisión que pueda encerrar la imaginación y la pasión, no hay cárcel que no sucumba a la fiesta. Y que si las palabras, la imaginación fueran habilitadas también para las y los agentes, si alguien pensara que a quienes primero hay que estimular en el uso de la palabra, la lectura, el goce del encuentro, la creación, tal vez, digo, si a alguien se le ocurriera que a las y los primeros humanas/os que hay que conectar con las palabras y los libros y los sentimientos es a las y los trabajadoras/es, las cárceles podrían salvar a más gente de la que hunde.

Y esa sigue siendo la convicción.

## 21. GUARDAPOLVO

La llegada de cada nueva gestión es, para algunas/os trabajadoras/es, como empezar un trabajo nuevo. Porque el/la que llega viene con sus reglas, sus obsesiones, su plan fundacional, “su librito” y uno se acomoda o qué.

El librito, generalmente, empezaba así: 1) el horario “a rajatabla” aunque nadie tuviera tareas; 2) Las mujeres, a cubrirse, no podían andar por ahí, luciendo “sus cosas” provocando a los varones: memorando, notifiqúese o sanciones varias.

Esa es la medida de las políticas públicas para algunas/os funcionarias/os. Entre todos –tantos– los desafíos que plantea el Estado, lo único que les sale es uniformar, cambiar “la marca”, el mobiliario de “su” despacho. Gestos inútiles pero que definen quiénes son y cuál va a ser el signo de su “gestión”.

Pero resulta que ya había pasado por este proceso muchas veces. Estaba grande y aburrida, harta de inútiles y machistas, de manera que frente a la directiva de la flamante gestión, me compré en reconocido negocio del rubro el guardapolvo indicado por la autoridad, tres, cuatro talles más grandes, enorme. Las mangas me pasaban las manos, el ruedo que me llegaba casi a los tobillos: un disfraz.

Solidarias/os, temerosas/os, las, los compañeras/os me decían: “Hacele el ruedo, subile las mangas. ¡Te van a sancionar!”. Y qué.

Así iba yo, por pasillos y oficinas, sumisa y decorosa, como un fantasma verde grisáceo, impresentable, perdida en el uniforme, desajustada de las normas de etiqueta, pero ajustada de la normativa vigente. No podían sancionarme porque mi obediencia fue literal: oculté mi cuerpo pecador para salvaguardar la decencia institucional.

Me odiaron mucho, como corresponde, pero fue mi resistencia –una de las que me inventé– para preservar el humor, subrayar el ridículo, decir basta. Basta estimadas/os. Suficiente.

A los pocos días la medida quedó sin efecto, como era de uso, y volvimos a lo de siempre, como siempre.

## 22. QUÉ MÁS

-Qué más querés, G...

No sabía mucho de él. Era administrativo y nos vimos crecer durante el tiempo que nos encontraba y nos desencontraba en La Sede, cada vez que a mí me echaban y me traían.

Creo que siempre estuvo en el área de personal o aledañas, zonas de confort de las que yo, por supuesto, siempre carecí. Su trayecto fue mucho más estable, me parece, si es que algo así existe en La Institución.

Cada vez que nos cruzábamos en los pasillos, la pregunta amable, un intercambio sin ruidos, genuino, sobre la vida, el trabajo, la familia. Nos respetábamos.

El ahora hombre, había sido testigo de mi trayecto y también partícipe: recibía y registraba mis reclamos, mis carpetas médicas, mis calificaciones, mis notificaciones de traslado, mis cursos y capacitaciones, mis pases en comisión. Mi historia.

Hasta ese día, ya grandes los dos, yo casi en el borde del retiro, cuando irritado, con evidente fastidio, me dice:

-Qué más querés, G...

No era una pregunta. Era un reproche, una acusación. Una síntesis de mis luchas que al hombre le parecían, ya, excesivas. Todo lo que había peleado me había sido concedido: los cambios de escalafón; el traslado. Había sido Jefa de Departamento. Como Jefa de Prensa hice lo que me propuse. Pude ¡salir de la Institución! Y él siempre en el mismo lugar, envejeciendo liso, flotando en la rutina gris y arbitraria de un trabajo sin gratificación ni riesgo.

Qué más quería yo, qué más quería, con todo lo que había logrado. Por qué no me conformaba, obediente como él, y dejaba de interpelar su inercia con mi vocación confrontadora, irreverente, estímulo insoportable de su propia frustración. Qué más quería.

-Todo lo que me corresponde, quiero.